

CARL SCHMITT, FILOSOFO CATOLICO Y CONFESOR (*)

POR

GUILLERMO GUEYDAN DE ROUSSEL

1. Los comienzos de una larga amistad.

Conocí a Carl Schmitt en 1933, cuando preparaba mi tesis para el doctorado, en Berlín, sobre «La evolución del poder ejecutivo en Alemania de 1918 a 1933». Yo estudiada en la Kaiser Wilhelm Gesellschaft y el amable bibliotecario, viendo que consultaba principalmente las obras de Schmitt, me aconsejó tomar directamente contacto con él. Fui recibido por el profesor con una gran cordialidad y, desde entonces, lo vi con frecuencia y mantuvimos correspondencia regularmente hasta sus últimos días. Era un hombre sencillo y modesto cuyo pensamiento iba siempre al fondo de las cosas sin preocuparse de las apariencias engañosas y los juicios superficiales. Había en sus palabras algo de sólido, de inquebrantable, de misterioso y, podría decirlo, de sacro. Más allá de las cuestiones jurídicas, le gustaba conversar acerca de teología y no temía los silencios que imponen a veces los más profundos problemas acerca de Dios y de nuestra existencia en la tierra.

¡Cuántas veces, antes de la guerra, viajé de París a Berlín para encontrar a un hombre digno de ese nombre, verdadero, sin malicia, sin subterfugios, sin mentiras, sin vanidad! Todo en él era verdadero, su conversación, sus amigos, su interior. Me invitaba a acompañarlo a su casa de Dahlem, a comer con sus amigos, a los cuales siempre permaneció fiel, Günther Krauss, von Mutius, von Medem, von Schweinischen, Javier Conde, Daskalakis... Des-

(*) Reproducido, con permiso, de la revista argentina *Gladius*, número 15, año 5.

pués de la comida, cada cual llevaba su vaso al salón donde continuábamos la conversación mezclada con cantos tales como el de los peregrinos alemanes a Tierra Santa, *ó Mariabillf...* En 1937 fuimos juntos en mi pequeño DKW a visitar a su amigo Ernst Jünger, a Goslar.

Carl Schmitt mostraba gran interés por Francia, cuya historia y grandes pensadores conocía mejor que yo. Con frecuencia me pedía que le enviara libros: Bernanos, Vialatous, Maltraux, Paul Nizan, Julien Green, Paul Valéry, Castex, Esmein, etc., muchos de los cuales me eran aún desconocidos. Tenía un amigo, a quien apreciaba mucho, Pierre Linn, y que había publicado en París, en 1928, una traducción de *Politische Romantik*. Era un francés muy culto y que, como Augustin Cochin y Jougla de Morenas, se dedicaba a la filosofía durante sus horas de oficina en un Banco parisino. Permaneció fiel a esta amistad hasta que su mujer, judía y amiga de Raïssa Maritain, cortó definitivamente los puentes después de la victoria de los aliados.

Carl Schmitt se interesaba también, de una manera que siempre me conmovió profundamente, por mis escritos y su publicación en Alemania, en el «Archiv für Social- und Rechtsphilosophie», la «Europäische Revue», la «Zeitschrift der Akademie für deutsches Recht». Me animó a publicar en la «Europäische Revue» (1936 y 1939) dos artículos, uno sobre el *Estado desenmascarado* y el otro sobre los *Orígenes de la ciencia del hombre*, los cuales apoyaban la posición que él había adoptado contra el Estado totalitario y el racismo materialista. Bajo sus auspicios pronuncié, en 1938, una conferencia sobre los orígenes de la ciencia del hombre en el «Romanische Seminar» dirigido por su amigo el profesor Gamillschegg. Desde París envié a Carl Schmitt, en octubre de 1938, mi manuscrito titulado *Al alba del racismo, el hombre espectador del hombre*, un tema sobre el cual a menudo habíamos conversado. Me respondió inmediatamente: «Über Ihre Arbeit habe ich mich sehr gefreut und sie sofort in einem Zug gelesen... ich glaube dass das Thema Ihrer Arbeit täglich interessanter wird und freue mich sehr auf die Vollendung und Publikation des Buches» («Me he alegrado que el tema de su tra-

bajo y lo leí enseguida de un tirón... Creo que el tema de su trabajo se hará cada día más interesante y me alegro mucho por la terminación y publicación del libro». En mayo de 1939 le envié un pequeño artículo sobre «El Leviatán y el Estado moderno», publicado en la *Revista Internacional de Sociología*, y él me escribió: «Der kleine Aufsatz liest sich überaus eindrucksvoll. Ich wundere mich dass die Juden ihn gedruckt haben» («El pequeño artículo se lee como algo extraordinariamente impresionante. Me admiro de que los judíos lo hayan impreso»). Su extrañeza estaba justificada porque, cuando en 1936 publiqué la traducción de *Legalität-Legitimität*, la primera obra de derecho de Carl Schmitt publicada en Francia, el profesor Georges Gurvitch había señalado en los Archivos de Filosofía del Derecho el «carácter inquietante, e incluso se podría decir irritante de la introducción a esta traducción». Respecto de lo cual Carl Schmitt me dijo: «Usted está en el buen camino, porque es atacado por los Judíos».

Carl Schmitt sabía apreciar a sus enemigos. En España, mucho tiempo después de la guerra, le dijo a su hija Anima, casada con el profesor español Alfonso Otero: «Acá estoy muy bien, pero no puedo vivir sin mis enemigos». El no conocía el odio; para él, todo lo que sucedía era adorable. Se le pueden aplicar estos versos de Corneille: «Querido Abner, yo temo a Dios, y no tengo otro temor».

Durante la guerra, Carl Schmitt fue algunas veces a París. En 1941 pronunció una conferencia: *El mar contra la tierra*. El pensamiento del Leviatán, al que había consagrado un magnífico estudio en 1938, no le abandonaba. Tomamos el té junto con Ernst Jünger en el Instituto Alemán, y él vino a comer a casa, una vez con Pierre Linn y otra con Bernard Fay, quien le confesó que tenía muchos enemigos y Carl Schmitt le respondió: «Yo también tengo muchos». Ambos bebieron el cáliz amargo del odio; el uno se salvó por una amiga judía, y el otro, Carl Schmitt, por su fe inquebrantable: «und rettend öffnet die Tore ein Heiliger mir aus dem Osten» («y para salvarme me abrió las puertas un Santo proveniente del Este») (*Gesang des Sechzigjährigen*).

En 1942, Carl Schmitt vino una vez más a pronunciar una conferencia en París y yo lo invité a comer. Hablamos largamente de la guerra, de los peligrosos aliados de Alemania y, sobre todo, del Obstáculo (2 Tes. II, 7: «Tantum ut qui tenet nunc, teneat, donec de medio fiat»). Su inspiración de filósofo católico lo preparaba a afrontar los combates futuros.

2. El Calvario.

La guerra mundial fue seguida de una revolución mundial. Todos los gérmenes de disolución y de destrucción que agitaban a algunos desde 1848 salían a la luz. Se requerirán aún años para juzgar y medir el alcance de los acontecimientos que nosotros hemos vivido: bombardeo de las ciudades con bombas incendiarias y atómicas, caza al hombre y asesinato de los aldeanos con aviones de caza, división e intercambio de los vencidos entre los dos ogros, hambre impuesta al pueblo alemán y persecuciones inauditas, ahorcamiento de sus generales, torturas, difamación, odio triunfante. Desde que el Leviatán está montado sobre el Continente, el orden creado por siglos de cultura cristiana ha sido trastornado. Las estructuras seculares de la sociedad se desmoronaron bajo la violencia de las olas. Las distinciones clásicas entre lo sagrado y lo profano, el derecho y la fuerza, el beligerante y el criminal, el juez y el enemigo fueron arrojadas desordenadamente en el trastero americano.

Durante mucho tiempo, Carl Schmitt se encontró en el vientre de la ballena en virtud del «arresto automático» decretado por los norteamericanos. Se acordó, sin duda, de la «Pesca del Leviatán», de la que me hablaba antaño mostrándome la bella ilustración de la abadesa Herrad de Landsberg: el demonio ignorando la divinidad de Jesús, tomado por el anzuelo de la cruz. ¿Triunfará él, él también, de sus enemigos, por la cruz?

La pequeña obra de Carl Schmitt, escrita durante su cautiverio, *Ex captivitate salus*, es un magnífico libro de consolación. No es una autobiografía, ni un alegato, ni una confesión: «Wer

beichten will, gehe hin und zeige sich dem Priester» («El que quiera confesarse, que vaya y se muestre al sacerdote») (*Ex captivitate salus*).

En su celda Carl Schmitt observa que está desnudo. Uno de sus amigos escribía en la misma época: «Das Leben in einer Zelle entkleidet den Geist und befreit die Seele» («La vida en una celda desnuda al espíritu y libera al alma») (Prisma, 19/20, 1948, *Lob des Gefängnisses*). Está desnudo como Adán en el Paraíso Terrenal, cuando aquél gozaba de la presencia de Dios; está desnudo como Cristo sobre la cruz. Y este despojo de todas las vanidades del hombre civilizado lo forzaba a recurrir a sus «últimas reservas». Pero su estado de desnudez, ¿le permitirá salvarse como el discípulo desconocido cuando arrestaron a Jesús: «Nudus profugit ab eis» (Mc. XIV, 52)? En el sentido material, no. Pero él está «doch in nichts vernichtet» («sin embargo en modo alguno destruido») (*Ex captivitate salus*), o al decir del Apóstol: «Persecutionem patimur sed non derelinquimus, dejicimur, sed non perimus» (2 Cor. IV, 5). Durante el verano de 1946, Carl Schmitt escribe: «Das letzte Asyl für einen von Menschen gequälter Mann ist immer ein Gebet, ein Stossgebet zu dem gekreuzigten Gott» («El último asilo para un hombre que es atormentado por los hombres es siempre una oración, una jaculatoria al Dios crucificado») (*Ex captivitate salus*). Un gran escritor, mártir de la «Liberación», Robert Brasillach, escribía en la prisión de Fresnes la víspera de ser fusilado: «He pasado esta noche en el Monte de los Olivos» (*Poèmes de Fresnes*). Después de veinte siglos de combate, los cristianos retornan al punto de partida, el Calvario.

Llegamos al último acto de este drama: el triunfo del hombre desnudo. En 1947, Carl Schmitt fue llevado a Nüremberg, como testigo y posible acusado. Allí sus enemigos esperaban asistir a su ahorcamiento. Pero era más difícil enviar a la horca al filósofo católico que a los pobres militares. Luego de interrogatorios que no han sido publicados, el Leviatán se vio obligado a soltar a su presa. Goliat fue vencido por David.

3. Soledad y nuevos sufrimientos.

En mayo de 1948 recibí, por fin, una carta de Carl Schmitt: «Oft plagt mich die Ungeduld der Gerechtigkeit, oft noch befällt mich das *taedium fugae*. Ich denke mit grossen Liebe an Sie... Geben Sie mir bald wieder Nachricht; das ist für mich die grösste Freude» («A menudo me tortura la impaciencia por la justicia, a menudo me ataca todavía el *taedium fugae*. Pienso con gran amor en usted... Pronto mándeme de nuevo noticias: ello constituye para mí la mayor alegría»). En otra carta de septiembre me escribía: «Vergessen Sie nicht meine Situation. Sie hat sich gegenüber der des *Salus ex captivitate* nur insofern gebessert dass der Stacheldraht weggefallen ist. Maritain kommt als professor nach Princeton USA. An der dortigen Universität ist ein professor W. Ebenstein dessen Spezialität die Jagd auf mich ist» («No olvide mi situación. Respecto a la que me encontraba cuando la *Salus ex captivitate* se ha mejorado sólo en cuanto que ya no existe el alambrado de púas. Maritain va como profesor a Princeton, USA. En esa Universidad hay un profesor W. Ebenstein cuya especialidad es la caza de mí»).

Traté de hacer venir a Carl Schmitt a la Argentina. Con esta intención me envió su legajo personal y los de su mujer e hija. En agosto de 1949 recibió el «libre desembarco», pero no pudo obtener su pasaporte alemán sino en 1951. Me escribía en 1948: «Ich hoffe dass Ihr Aufenthalt beyond the line fruchtbarer wird als der von Bernanos, dessen Buch, *La France contre les robots* eine verzweifelte Enttäuschung ist» («Espero que su estadía detrás de la línea será más fructífera que la de Bernanos, cuyo libro *La France contre les robots* es un desesperado desencanto»). En junio de 1949, la librería Depalma le pidió su consentimiento para una edición de *Legalidad-Legitimidad* con mi introducción de 1936, pero Carl Schmitt estimó que la publicación de 1936 estaba en gran parte superada. Sin embargo, en 1951, me dijo: «Ich lese oft mit Freude in Ihren früheren Publikationen, besonders der Übersetzung von *Legalität-Legitimität*, heute das ak-

tuellste Buch der westlichen Welt, weil es die Modell-Situation des kleinen Mehrheiten trifft» («Leo a menudo con alegría sus más tempranas publicaciones, principalmente la traducción de *Legalidad-Legitimidad*, hoy el libro más actual del mundo occidental, porque trata la situación típica de las pequeñas minorías»).

El 3 de diciembre de 1950 murió la mujer de Carl Schmitt, Duschka Schmitt-Todorovic. «No hay existencia más lastimosa que la de un Filemón sin Baucis —me escribía en abril de 1956—. Muchas veces he sentido deseos de entrar en un convento, pero los conventos en Alemania son casi todos demasiado cómodos para ser una ayuda en el sentido de una verdadera consolación». En la misma carta me dice también: «El pobre León Bloy no es sino una vidriera de propaganda para la firma judía Raïssa Maritain», y más adelante: «El destino de Europa se cumple... No olvide que yo he perdido a casi todos mis amigos... Hace más de cinco años que el P. Linn ya no me escribe, probablemente bajo la influencia de Maritain; este Maritain es un hombre malo y nefasto».

El espectáculo de Europa no es para reconfortar a Carl Schmitt. En agosto de 1957 me escribe: «Creo que usted ha elegido la mejor parte al dejar con su familia un continente que, dentro de algunos años, no será más que una zona de inspección de las fuerzas aéreas del Este y del Oeste». En septiembre de 1960: «He leído muchas veces su artículo sobre *Leviathan et Homo*, y lo releo siempre, preguntándome si es lamentable o más bien adorable —«Todo lo que sucede es adorable», es un aforismo de León Bloy que repetía a menudo Carl Schmitt, convencido como estaba por sus estudios históricos que Dios es el rector de la historia— que no sea posible publicarlo en la Alemania de la democracia cristiana... Yo se lo digo: «Tenebrae factae sunt dum crucifixissent Jesum Judaei».

He considerado como un deber y una deuda sagrada hacia la memoria de mi muy querido y venerado amigo escribir estos recuerdos y comunicarlos a los que desean conocer el verdadero rostro de Carl Schmitt, el más grande filósofo católico del siglo xx.